

La Conversión de la Magdalena, del P. Malón de Chaide

INTRODUCCION HISTORICA A SU ESPIRITU Y DOC-
TRINA, PARA UNA EDICION CRITICA, POR EL DOCTOR
H. LANGENEGGER

EL PROCESO DE LA CONVERSION DE LA MAGDALENA

Traducción

POR

LOPE CILLERUELO, O. S. A.

III

En un capítulo preliminar habla Malón de Chaide acerca de la energía y metafísica primordiales del Universo, y de la creación entera del *amor*: «Cuando el gran Monarca y Padre del cielo quiso comunicar su belleza y gloria en tiempo, siendo infinitamente sabio, y siendo fuente de amor, de donde nace todo el bien a las criaturas, para hacerlas bienaventuradas cada una en su tanto; viendo que fuera de El no podía haber felicidad alguna, determinó hacerse fin de todas ellas, y que así como nacían de Dios, así también fuesen a parar en Dios, y hasta llegar a este punto ninguna de todas ellas tuviese perfección, y por el mismo caso, ni reposo ni bienaventuranza: *Fecisti nos, Domine, ad te et inquietum est cor nostrum donec revertamur ad te.*»

Entre las criaturas encuentra el Amor dos que son dignas de su particular atención: las criaturas intelectuales y las racionales; los ángeles y los hombres. Ambas poseen dos propiedades de subido valor: razón y voluntad. Esta es más valiosa que la anterior: «Saliendo fuera de sí, y

Christo confixus sum cruce. Aumenta, pues, y decrece el valor del hombre con la medida del amor que en sí tenga. Y de Dios, como fuente absoluta de todo bien y de todo amor, resulta la dependencia humana por antonomasia, dependencia en el amor. Como dice San Agustín, no podemos desearnos nada mejor que el amor de Dios. En todos los órdenes de la naturaleza se realiza la ley: se cambian las cosas bajas e indignas en altas y estimables. Así, por ejemplo, los elementos se transforman en plantas, que se alimentan de ellos; las plantas, mediante sus frutos, en naturaleza de los animales; los animales integran al hombre que los come y de ellos se alimenta. Y aquí se acaban y transforman.

Y, por tanto, para que el hombre entero se eleve, debe amar a Dios ante todas las cosas. La naturaleza nos enseña que lo primero a lo que hay que amar es a Dios; y si este orden se quebranta «es mal amor y desordenado».

Podríamos ver en todo ello un ensayo esencial sobre la doctrina mística de las «ascensiones» en el camino del hombre a Dios.

Después de este capítulo introductorio, intenta Malón de Chaide describir circunstanciadamente ese camino del hombre mísero a Dios.

Nos lo presenta en tres estados: pecador, penitente y amante. En la segunda parte de la obra se ocupa del primer estado. Ese primer estado, esa primera disposición espiritual del pecador se verifica cuando está en condiciones de poder comprender su situación: es una desesperación por la salvación de su alma, y por eso mismo es una obstinación; desconfía y está persuadido de que no tiene finalidad alguna que perseguir, ni siquiera el hacer penitencia.

Malón emprende luego la ilustración del texto evangélico, que ha tomado como punto de partida de sus disquisiciones: la historia del banquete al que el fariseo invitó a Jesús. Llama la atención sobre la altanería del anfitrión, acerca de la cual se pregunta: ¿Quién tiene que agradecer

más realmente, el invitado o el anfitrión? y responde: ¡Cuánto se debe agradecer a Dios, el que venga a nosotros en calidad de huésped, voluntariamente, sin necesidad de que le supliquemos! Jovial, o mejor dicho, irónicamente describe el convite: «Jesús es observado al detalle, míranse sus manos y se cuentan los bocados que consume». Frente a la coacción con que se invita a Jesús a la mesa, (rogabat), cita ejemplos de clásica hospitalidad, tomados del Antiguo Testamento...

Y aquí presenta a la pecadora. Malón dice: el padre se regodea cuando el niño le pide con insistente sinceridad algo que el pequeño desearía grandemente conseguir. Así la pecadora llega a Jesús y le ruega con fineza... Pero Jesús nada contesta. Esta circunstancia ha hecho cavilar a muchos exegetas y «teorizantes». Malón adopta la solución de San Juan Crisóstomo: Dios, y con El Cristo, anhelan convivir con nosotros, y todo lo que nos envían, aún lo más desagradable, es algo semejante a una aldabada con que repican a nuestra puerta... Esto nos lo muestra la historia de la Creación también. (Genes., 2, 2.) Dios lo encontró todo bello, pero no descansó cuando lo hubo creado todo, «aun falta lo mejor y no llega a su punto el descanso mío, dice Dios. Y para que mejor se entienda, nota lo que Abdalá Sarracero dijo: preguntado cuál era la cosa de mayor admiración que en esta mundana farsa se hallaba, respondió que el hombre». También aduce la literatura hermética: *Magnum, o Asclepi, miraculum est homo*. Malón encuentra algo exagerado el llamar al hombre con los persas «lazo del mundo». Pero sin el hombre faltaría, sin duda alguna, una de las más logradas y admirables obras de la creación. Y por eso fué instalado en medio del mundo; él no es, pues, enteramente terrenal ni divino, mortal ni inmortal. De este modo le han sido donadas todas las posibilidades de desarrollo. Con él llegó Dios al final de la creación: «En el hombre estará mi descanso de aquí en adelante».

A continuación se pregunta Malón de Chaide, por qué la

mujer que entró en el convite no es presentada por su propio nombre, y da una explicación harto metafísica. Según la teoría neoplatónica del amor, Dios es la vida del alma, y el alma la del cuerpo. (Cfr. Arist. *Metaph.* xii-7. 1072, según la versión antigua: *etenim intellectus actus, vita.*) Su vida se realiza mediante el amor. Quien está alejado de Dios tiene, pues, el alma muerta. El pecador está realmente muerto, puesto que quien no ama tiene el alma muerta, y la Magdalena, pecadora, estaba completamente muerta, al decir del Libro de los Proverbios: *Nomen impiorum putrescet.* Por eso no la nombra el Evangelista... No hay cosa que Dios odie con más vehemencia que el pecado, y por ende ese es el más profundo infierno. Al igual que San Anselmo de Canterbury, prefiere Malón el infierno sin pecado al cielo con él. Explica mediante la física de Aristóteles por qué el pecado produce la «separación». Es la doctrina de los centros naturales; el pecado es más pesado que el mundo y hunde el alma que lo comete en el infierno, pues tiene mayor peso de gravedad que el fuego. El Hijo de Dios tan sólo tomó sobre sí el castigo del pecado—no la culpabilidad del mismo—, derramó su sangre y sufrió hasta morir en la cruz. Pero todo el fruto de la salvación queda malogrado, en el momento en que se tiene sobre la conciencia un solo pecado. Todas las estrellas conoce Dios, todas, a pesar de ser innumerables; pero no conoce singularmente a los pecadores.

También tratándose de Jesús reparamos en este «comme il faut»; géntes, cuyos pecados son notorios, no son designadas por su propio nombre. Además debemos defendernos sobremanera de las malas lenguas, de las cuales ni aun siquiera los moradores de la Jerusalén Celeste, que están sentados a la diestra de Dios, están libres. Por eso calla el Evangelista, «nuestro buen cortesano del cielo», el nombre de la pecadora. Es un principio antiguo en la Iglesia (ya en Tertuliano) que se debe morir antes de divulgar los pecados del prójimo.

Para San Agustín la conversión de un pecador es una obra más grande que la misma creación del mundo, porque en lo primero la voluntad del pecador se opone a la de Dios. El hombre goza de albedrío, y su conversión debe verificarse únicamente mediante su libérrima voluntad. Por eso Dios creó el Universo con la mano izquierda, quedando ésta completamente descansada; pero para sacar al hombre de su pecado se fatiga. Y, pues, la mano izquierda es la palabra divina (Ps. 97), con la mano izquierda creó aquellas cosas que son más imperfectas, porque le costaron menos: su brazo se cansó menos. Compara Malón de Chaide la obra de la Redención a una sangría a la que voluntariamente quiso someterse el Hijo de Dios.

Después de esto advierte Malón que cuatro circunstancias agravan los pecados de la Magdalena: es el suyo un pecado de sensualidad (Malón, siguiendo la doctrina griega, atribuye a la sensualidad casi todos los demás pecados, y cita las palabras de San Pablo: *Fugite fornicationem*). Es un pecado cometido en publicidad. Es «escandaloso», pues no se trata de los que se cometen en la interioridad del gabinete «a vuestras solas». Finalmente sirve de incentivo para que otros también lo cometan.

Después de un corto resumen del libro de Ester, muestra cómo en especial los pecados de sensualidad poseen esta agravante importancia, pues llevan consigo, como corolarios, alhajas, afeites y vestidos lujosos.

Justamente a esto último dedica un entero e interesante capítulo (Párr. 8), que es también precioso por su acierto en la doctrina de los afectos: en él se apunta un distintivo característico entre los demás mortales y Cristo; en cuanto que Cristo ejerció absoluto dominio sobre sus afectos. La razón por la que cubrimos nuestro cuerpo radica finalmente en el pecado; «la misma inclemencia y destempe en los elementos» han sido motivados por esta razón; sin el pecado original de Adán «no se atrevieran los elementos y todas cosas nos respetaran y sirvieran como quisiéran-».

mos...» Luego sigue una reseña de las alianzas que Dios ha establecido con el hombre: con Noé, Abrahán y, sobre todo, la que instituyó mediante su Hijo Encarnado. Después explica la Circuncisión.

A causa del primer pecado y de sus consecuencias, aparece la vanidad humana, y el vestido se convierte en «golosina de pecado...» Lo que se dió por sambenito y afrenta, eso sirva de gala y honra. En efecto, gozarse en los vestidos no es otra cosa que alardear del gorro afrentoso que en calidad de reo le ha puesto a alguien la Inquisición. Después sigue un variado y erudito apunte humanístico sobre la historia del vestido; extracto de la «Historia Universal» de Plinio, Aristóteles, Clemente de Alejandría, San Ambrosio..., como ejemplos que condenan aún el moderado lujo en el vestir y comer. Cita la historia del pobre Lázaro, y al fin anuncia castigos fulminantes contra aquellos que en seda, oro y piedras preciosas anuncian la pobreza de Cristo y de sus discípulos.

Pero el contraste entre esta prohibición del lujo y la pecadora prolijamente adornada, finamente vestida y perfumada, que intencionadamente entra en busca de Jesús (310, al medio), requiere una explicación. El adecuado ornamento para el pecador es la penitencia del Antiguo Testamento, en saco y en ceniza. El esmero que Judit y Ester emplearon en su «toilette» está ordenado a conseguir una finalidad particular. Con este fin, traduce y glosa con brillantes descripciones el sermón ascético de Isaías sobre el último día; en presencia de los demás vivos y de Dios, y ante las huestes celestes, aparecerá cada cual vestido de su hipocresía como de una sucia camisa, manchada con toda la miseria de sus pecados. Para ilustrar la abrumadora vergüenza del pecador cuenta Malón de Chaide la anécdota de Milesai, donde la monomanía del suicidio, sobrevinida a las muchachas, pudo cortarse mediante la amenaza de que en adelante todas las jóvenes que se quitaran la vida serían llevadas desnudas a la plaza pública antes de

ser inhumadas. (Según Plut. *Mulierum*, virt. p. 213, sq. ed. Bernard.) «Ejemplo es este digno de celebrarse, y mucho son de alabar aquellas honestísimas doncellas», dice Malón de Chaide, y se pregunta: «¿Qué más azafiosos hechos hicieran éstas si fueran cristianas y creyeran el Evangelio y supieran que vivas y a vista de Dios y de los ángeles y de los hombres las habían de desnudar y descomponer y raer la cabeza, y tras eso les había de dar un infierno?»

El cuarto agravante de los pecados de la Magdalena es su muchedumbre (Párr. 11). No precisamente porque Dios tenga dispuesta para los pecados una norma debida en relación con el castigo; pues una de sus prerrogativas esenciales es la misericordia. Pero «algunas veces suelen los pecados llegar a un cierto colmo o número, y luego cierra Dios la puerta al pecador y le endurece el corazón, con lo cual le condena». Esta «materia peligrosa» se explica sólo cuando Malón recurre para ella a «mi Padre San Agustín». No tiene Dios una medida en su amor, pero la maldad de los hombres la tiene, en cuanto que en su punto más alto excluye la verdadera penitencia, y con ella la misericordia divina. Dios abandona ya al pecador a su índole, y éste verá por su cuenta lo que será de él. Esto se llama «endurecer y cegar, y llegar los pecados al colmo». El pecador debe temerlo con razón; en cada pecado puede figurarse que es el último que quizá Dios le permite cometer. Cierra el párrafo con la explicación del sueño de Nabucodonosor, según lo relata el profeta Daniel.

Párr. 12.—Exposición alegórica de los dos ECCE que se encuentran en la Escritura: el *ecce mulier* y el *ecce homo*... Comparación de ambos en sus más mínimos detalles... «y mirad agora el misterio tan galán que ahí está: *ecce homo*, que siendo Dios se hizo hombre; pues *ecce mulier*, que siendo pecadora, queda santa... ¡Oh trueque soberano!»

bién aquí San Pablo, en especial en la carta a los Romanos (9, 20, 24). La razón del hecho de que éste o aquél sean salvados, y el otro, por el contrario, camine perdidamente a su condenación es el albedrío de Dios, y nadie tiene derecho de disputar con El sobre este punto. Pero «de callada», como por una puertecilla falsa, el Apóstol nos inspira grande confianza para esperar nuestra salvación. «Que por sola nuestra culpa nos condenaremos.»

Párr. 19.—(Ahora cita una evidente objeción): La arcilla empleada por el alfarero no puede equipararse sin más ni más con los hombres, arcilla en las manos de Dios. La arcilla desconoce la palabra «honra» y es insensible al fuego. Por el contrario, el hombre es capaz de honra «y puede hacerse de él lo que Dios quisiere..., ¿pues por qué querrá sin más echar a perder a este tan noble y honrado animal?» Según San Pablo, parece que está hecho por voluntad de Dios para servir de sartén en el infierno y así pone una mordaza para que nadie pueda quejarse. Mas por eso mismo, dice Malón, no debemos dejarnos desanimar, ¿pues a qué ley apelará para quejarse el hombre, dotado de inteligencia y de razón, a quien el Señor Dios ha hecho dueño de sus acciones, dotándole de libre albedrío, a quien ha dado los medios para alcanzar la gracia, y con ella salvarse? ¿Cómo podrá quejarse todavía, después de desperdiciar todos esos medios donados por el Señor y buscar su perdición eterna por sola su voluntad libre? Además (Cfr. II, Timo. 2, 20 sq.): *In magna autem domo, non solum sunt vasa aurea, et argentea sed et lignea et fictilia; et quaedam quidem in honorem, quaedam autem in contumeliam. Si quis ergo emundaverit se ab istis, erit vas in honorem sanctificatum, et utile Domino, ad omne opus bonum paratum.* «Esta casa grande es el mundo, cuyo poderoso Señor es Dios y los vasos son los hombres. Y San Pablo habló de «vasos de razón y libres como lo son los hombres.» De donde se sigue que Dios no crió al hombre en el principio para el infierno, pues resultaría que no depende de la

mano del hombre el hacer de sí mismo un vaso de honra. Y Pablo escribió eso como quien lo había experimentado en sí mismo.

Párr. 20.—Está repleto el párrafo 20 de pruebas bíblicas de lo ya expuesto.

Párr. 21.—Luego en el 21, comenta: *Discedite a me, maledicti, in ignem aeternum*. Con eso se enlaza una contraposición entre el ángel y el hombre: el ángel, como espíritu puro, está predestinado para una sola cosa, esto es, determinado: elige tan sólo una vez el bien o el mal, a diferencia del hombre, que es capaz de penitencia y expiación, y cuya alma nacida como «tabula rasa» debe comenzar por conocer el mundo mediante las ventanas de los sentidos, «ha de ir poco a poco y como haciendo pinitos como el niño que se comienza a soltar». Aquí se encierra uno de los más logrados pasajes sobre la angelología de Malón. El mayor enemigo de Dios no puede ser otro que Satanás, y aunque el hombre puede estar muy alejado de Dios, nunca lo está, es decir, no lo está tan radicalmente como Satanás. De esta imperfección del hombre se sigue también que no puede cumplir a lo largo de su vida el primer mandamiento, amar a Dios, como debería.

Párr. 22.—De nuevo vuelve Malón sobre el pasaje de San Mateo, arriba mencionado. Y es como si dijera Dios: «Andad, malditos, que yo no hice el fuego para vosotros; que, aunque pescasteis, os llamé, os rogué, os esperé, os dí medias para que saliédes del pecado y no quisisteis, y escogistéis la compañía de los demonios.» De aquí concluye que Dios no ha predestinado a ningún hombre a la eterna condenación, y la consecuencia es que aún eso es nuestro mayor consuelo; pues, dice Malón, «todos los hombres por desalmados y desuellacaros que sean, querrían salvarse y gozar de Dios». No es al pecador al que Dios quiere condenar, sino al pecado. Cierto, Dios atrae hacia Sí a un hombre con más fuerza que a otro. A unos domina con una sola mirada, como a San Mateo: es el modo más

noble, puesto que los ojos, como espejos del alma, tenían en Cristo una fuerza divina. «Pues como Dios cuando hizo al hombre, lo crió a su imagen, y parece que se estampó como en un espejo, salió con el rostro levantado mirando a su causa y principio.» El pecado es el que abate los ojos. Con este fin cita a San Pablo y luego a San Agustín.

Párr. 23.—Una vez más precave Malón al lector contra el afán híbrido de construir metafísicas. No debe empeñarse el hombre en comprender por qué Dios trueca en sus validos a una ramera, a un cambista o a un publicano. «No lo quieras escudriñar, sino lo quieres errar.» Pues los que son de Dios escuchan la palabra de Dios. «Aquí el entendimiento humano se pierde, y no se sabe dar a manos», dice Agustín por boca de Malón. Pero, ¿por qué uno es de Dios y el otro no? «Confieso, sin correrme de ello, que no lo entiendo.» Cristo, que procede de Dios, dijo aquella frase. De los demás, al contrario, se dice que vienen de Dios o que van a Dios o que Dios les atrae hacia Sí, porque aceptan su palabra. Dos clases hay de pecados, y por tanto de pecadores: unos, no totalmente malos, que pecan, pero su pecado va acompañado de un cierto temor o cobardía, es decir, no pecan «desvergonzadamente»; su pecado es en realidad una «cierta hacedia del vicio». Estos aceptarán la palabra de Dios... Malón, sin embargo, reconoce su propia pequeñez ante Dios y se goza de ella: «de que sus misterios no quepan en mi entendimiento; y eso es gloria de nuestra ley».

Párr. 24.—Da comienzo Malón a una nueva sección con la exégesis del *Ut cognovit*... «Hay aquí un gran lazo de unión con el antiguo intelectualismo que nació principalmente de la metafísica de la luz. La luz: el principio de mundo. El pecado es la oscuridad. El primer peldaño para la ascensión es el conocimiento del pecado. ¿Cómo puede el hombre apreciarse y pesarse? Con tres balanzas: la primera es «la razón entenebrecida de los sabios hinchados del mundo.» (Contra el determinismo de los antiguos,

EIRAMENE!) La segunda es la razón iluminada por la luz natural, la de los paganos que tienen el concepto de pecado. La última es la comparación con la doctrina evangélica.

Párr. 25.—Ahora Malón mismo pregunta a la Magdalena, cómo pudo verificarse en ella tal cambio y quién trastrocó su corazón. Es indudable el *Haec mutatio dexteræ Excelsi*, del Ps. 76, 1; porque todas las excelsas y gloriosas obras de la misericordia son atribuidas a la diestra de Dios. Y además con Os. 13, 9.: *Tantum ex me auxilium tuum*. El Ps. 68, 16, le suministra a Malón dos metáforas, la del tenebroso y proceloso mar y la del hombre caído en el profundo pozo. Eso le brinda la mejor conyuntura para mostrar su brillante elocuencia. De aquí nos traslada al *Surgam et ibo ad patrem meum*, del Evangelio de San Lucas, 15, 18... El padre espera al hijo perdido «con los pies enclavados porque no me huyas, y cosidas las manos porque no me castigues».

Párr. 26.—En paralelismo con esa frase expone a Oseas, 27: *Vadam et revertar ad virum meum priorem*, etcétera. El pecador, distanciado de Dios, quiere regresar, es decir, vuelve hacia su origen, ya que está en el punto más distante de Dios, el pecado. *Revertar*: ilustra la metáfora del matrimonio: de ese modo de hablar están llenas las Escrituras, especialmente el Cantar de los Cantares y los Profetas. La razón de esto es, como dice Malón, que en el Bautismo nos desposamos con Cristo mediante la fe. (Os. *Sponsabo te mihi in fide*.) Por eso, al pecado, y especialmente al de idolatría, se le llama adulterio y fornicación. Expone luego el conocido pasaje de Oseas.

Párr. 27.—En el párrafo siguiente vuelve a la Magdalena. Ella reconoce su estado y teme presentarse ante Dios, pero la sostiene la confianza en Su misericordia. Paráfrasis poética del Ps. 12. Da comienzo a un largo monólogo de la Magdalena, que se continúa al través del párrafo siguiente. El punto de partida de la exposición es el

siguiente: «¿Dime, Señor de las misericordias, quién podrá contar, o cómo se sabrá encarecer, o quién se acabará de espantar de aquel famoso banquete que haces a los ángeles del cielo por la conversión de un pecador?» Dios atiende a la llamada del pecador y le obliga a ello Su misericordia; en este sentido el que pide y no es oído debe sentirse como desechado. Y así la justicia se pone de parte del culpable, del pecador. No hay ningún señor que cierre las puertas de su casa al esclavo que vuelve arrepentido y pide un justo castigo a su falta. (Ejemplo de ello, Agar.) Para eso, Dios conoce sobradamente nuestra flaqueza y no quiere exigirnos esfuerzos sobrehumanos, cuya ejecución sobrepase las posibilidades que El mismo nos ha donado. Tampoco habrá creyente tan cruel que quiera cobrar una gran deuda de aquel servidor que cayó en estrecha miseria, especialmente si le desagrada el estado de su profunda pobreza. Si Dios no perdonase al pecador le colocaría sin más en manos de su enemigo. Según el derecho de guerra (Ps. 139, 8), y el usual, es decir, el derecho privado, somos propiedad de Dios. Si Dios se ve amenazado de perder una parte de nosotros, ¿podrá querer perdernos totalmente? Si Dios se impacientara con lo que el pecador hizo, ¿qué podrá hacer éste con la ayuda de la gracia divina? Porque nadie puede llegar a Dios, si Dios no le atrae, y por consiguiente se ha obligado Dios a llevar los hombres a la gloria, y no pudiera hacerlo otro ser alguno. Lo propio del pecador es el ser débil, sólo Dios es fuerte. Por ello: «Señor, búscame y búscote.» Dios conoce el camino para venir a nosotros, pero nosotros no sabemos el que nos lleva a El. ¿No es Jesús el médico de los hombres? ¿Qué es más propio, que el médico se llegue al lecho del paralítico, postrado, o que el enfermo se arrastre hasta el médico? El incesante oficio de Jesús es salvar a los hombres. Cuanto más débil es el hombre, cuanto más le postra el pecado, tanto menos fuerza tiene para llamar al médico y tanto más necesitado está él de su medicina. Pero ningún mé-

dico se preocupó tanto de los cuerpos enfermos como Jesús se fatigó por la curación de las almas enfermas. Se utilizó como medicina a Sí mismo, todo su ser y vida. Dios dió la ley y es el primero en atenerse a ella, a la «ley» del amor. «Y, ¿por qué ha de ser más eficaz Adán para matarnos, que Tú, Señor, para resucitarnos?». Concluye el párrafo con una larga paráfrasis de Job. c. 7.

Párr. 29.—Se trata en este párrafo de los buenos propósitos hechos que han sido incumplidos. No podemos mantenernos en un punto determinado. Pasamos nuestra vida en hacer buenos propósitos; con ello sólo logramos un par de tibios deseos de salir de nuestro pantano. Sigue un ejemplo bíblico del L. 3 de los Reyes, 18: la historia de la cobarde e interesada dependencia que tuvieron los judíos del dios Baal. Elías tenía razón al quejarse de que los judíos elegían cada semana un nuevo dios, como se cambia de camisa. Pues, «en materia de fe, mudanza es tan dañosa que mata al alma». Como ejemplo de auténtica determinación en el bien, cita la conversión de San Agustín. «Nosotros, sin embargo, tibios, jamás nos acabamos de determinar y por eso no se acaba nuestro pecar. Todo es juego de esgrima.» Somos como los cuadros flamencos de Gobelin, donde Aquiles está pintado por una parte y Héctor por la otra, en el campo de batalla; después de un año, cuando volvemos a mirar el Gobelin, vemos a los héroes en la misma posición que infunde miedo y pavor; así también nosotros «somos pintura de Flandes: somos espantavillanos». Hacemos lo mismo que las serpientes (Ps. 57, 5): para no oír las amonestaciones de Dios, no sea que la palabra de Dios rompa el encanto con que se nos pega la tierra; nos adherimos a la misma y cerramos nuestros oídos. Pero Dios nos los abre (Is. 50, 4). «Y Dios me tira de la oreja para que sepa bien la lección de su divina y sagrada doctrina y me enmiende de mis faltillas que tengo.» La Magdalena lo experimentó también: Dios le llevó por la oreja a casa del fariseo Simón. Si el pecador no in-

curre en el castigo, Dios llama a su «ira» y a su «airarse», «consolarse». *Consolabor super hostibus meis.* (Is, 1, 24).

Párr. 30.—Pero, pregunta en este párrafo Malón, ¿no sería más propio que María Magdalena esperase a que Jesús hubiese salido del convite? Pues no es el tiempo del comer el más propicio para derramar lágrimas. Pero, dice María, cada momento de dilación es para mí como mil años de infierno. (Cfr. S. Efrén, Homilía sobre la Pecadora, que ungió al Salvador, S. W. V. V., 35, 69, ss.; p. 77. No me detengas, hombre, no me causes la eterna desdicha de que me arrebaten tan precioso tesoro.) ¿Y el que no se cansó de mi maldad se sentirá fastidiado de mi penitencia? ¿Y si yo soy su alimento, habrá oportunidad más propia para acercarme a El que cuando está comiendo? De este modo pierde todo reparo y toda vergüenza. Pero, ¿es de esperar que ella entre sin adornarse y acicalarse? Sigue una amonestación contra las que visitan la iglesia profusamente enjoadas y pintadas, con una pintoresca descripción de su atuendo. Pero falaz es la gracia y vana la hermosura. ¡Qué contraste hay entre los cuadros de mártires que penden en las iglesias y estas damiselas de moda! La Magdalena se adornó solamente con las bellezas del alma para presentarse ante Dios: le abrasaba el amor de Dios y su corazón era un horno. Después de esto sigue una paráfrasis en verso del Ps. 41.

Párr. 31.—Alegoría sobre la unción de la pecadora. Parecía a esta santa penitente que a la nariz de Dios olían muy mal sus pecados, y que yendo abrumada con tantos, sería desechada y desdeñada como objeto abominable. En cuanto el pecador comprende su situación, apenas puede soportarse a sí mismo. Por eso dice Dios a su Hijo: «Amad y mirad a los hombres. Oh Padre, que huelen peor que perros muertos. Aunque esto sea, amémoslos.» El amor que Dios nos profesa hace que nos soporte. Como ejemplo de ese amor que hace soportarlo todo, se cita la historia de Lázaro. La enfermedad corporal es símbolo de la espiritual,

el pecado. No cae de un solo golpe todo un edificio, lo mismo que no se cura en un instante la enfermedad crónica. Hay un paralelismo perfecto entre la enfermedad corporal y la espiritual. Muy pequeño es el primer pecado, tan insignificante que apenas se le puede llamar pecado. Pero se iguala a la muerte, puesto que nos da la muerte espiritual, es decir, eterna. Como la muerte, entra por las ventanas que son los sentidos. Malón se aparta de la doctrina platónica acerca de la concreación de las almas, y de la teoría de la reminiscencia, para acomodarse a la doctrina aristotélico-tomista de la «tabula rasa». Mediante los cinco sentidos conocemos todo lo que hay en el mundo. De aquí se sigue la necesidad del antropomorfismo cuando queremos representarnos a Dios. Por el ojo principalmente, como por un portillo, asalta el corazón el pecado. Aun las más leves imperfecciones son un veneno. Descripción precisa del alma que se ha alejado de Dios, y es consecuencia de ello. Concepto de sequedad o aridez del alma. La muerte de Lázaro es la que representa a un pecador endurecido. Pero, a pesar de todo, Dios ama al pecador... «Verdaderamente, Dios de mi alma, que cuando esto pienso, que me toma gran sospecha de que valgo mucho, pues tú me amas mucho.» Y ante las pruebas de ese amor tengo todas las razones para creerlo: Cristo es «el ternísimo y regalado enamorado de los hombres».

Párr. 32.—Urde en este párrafo una disertación sobre la moral que los antiguos empleaban en la mesa. La fealdad del pecado tan lejos va, que llega a hacer de su oprobio de un motivo de honor, encanto y gloria. Carga luego contra el concepto de honor de sus contemporáneos, contra el honor caballeresco que da en rostro a la ética cristiana. «Burladores del cristianismo», son de n o m i n a d o s esos «monstruos infernales»; les pregunta Malón qué harían si alguien se rebelase contra las leyes civiles tanto como un pecador se rebela contra las de Dios. Traidores a la patria son los pecadores, tan orgullosos como los castella-

nos hidalgos, que se encuentran en la envidiable situación de poder alargar su árbol genealógico hasta Dios.

Párr. 33.—Hay un misterio en la colocación de la Magdalena a espaldas de Jesús. Cuando el padre no quiere castigar de buen grado al hijo que ha ejecutado una acción fea, hace como que no ha visto nada y le da la espalda. Así lo hizo con Saul (I Reg. 10, 27). Pero nada escapa al ojo de Dios; y por eso no escapa de su mirada ni aun el pecador más enemigo de la luz.

Párr. 34.—Nueva exposición del misterio: la culpa es tan pesada, que ella sola fué capaz de sepultar en las profundidades del abismo y matar a los más fuertes Arcángeles, en el momento en que la cometieron. Pero alguien tenía que cargar sobre sí este peso tan descomunal; y como ningún hombre era capaz de ello, alguien debía descender del cielo: «venga el mismo Dios que, aunque caiga con la muerte de lo humano que tomó, se podrá levantar con lo divino que tiene». Nuevas alegorías sobre variadas y pequeñas circunstancias. La inmolación de nuestro Cristo, verdadero Isaac, se ejecuta de día, en oposición a la noche del pecado. «Es un artificio divino» que Dios nos haya descargado del peso del pecado, y lo haya depositado en su Hijo, «como quien carga una bestia»; y era tanta la carga, que le hacía gemir, y le hizo arrodillar y reventar con ella y morir en una cruz: aunque como bravo elefante, se tornó a levantar en su resurrección» (Cfr. Ps. 72, 23). Discute luego la expresión *Corpus peccati*, con un ejemplo tomado de Valerio Máximo (II, 3 Extrac. P. 2). El pecado subyugó al hombre, Cristo quiso eximirle de tal yugo; todo esto concuerda con la doctrina de San Pablo. En relación con Is. 25 se perfila una metafísica de la gastronomía o gastronomía de la metafísica, como la hallamos, por ejemplo, en el Comulgatorio de Baltasar Gracián. Y con ello quiere Dios soltar los lazos de la muerte. La triste, aunque edificante, historia de David con Bersabé ofrece un ejemplo ilustre sobre este punto: para que David no se aterrase

hasta peligrar su vida, cuando iluminado de pronto conoció la negrura de su pecado, pónese el profeta una venda delante de los ojos «para que no le espantase el hierro del cirujano». Debemos respetar los sentimientos de los grandes y reyes de la tierra, dice el buen conocedor del mundo, Malón de Chaide, a fin de que les aprovechen las ineludibles representaciones, no sea que las rechacen y se vuelvan peligrosamente contra el médico. Viene la parábola de la viña. No llevará el pecador y arrepentido Rey David el castigo de su pecado él sólo, sino que el hijo de su culpable adulterio quedará privado de la vida: en lugar del padre será sacrificado el fruto de su pecado. Pero el hijo de David es Cristo. Comenta la genealogía de Cristo, por San Mateo. La diferencia entre las promesas hechas a Abrahám y a David, le sirve para exponer la metafísica de la Circuncisión, de San Pablo (Efes. 5, 32). La presentación de Jesús fué para los judíos un acto de pura justicia; para los gentiles, un acto de misericordia. La razón de lo primero es que Jesús había sido ya prometido a los judíos; a los gentiles, no. (Cfr. R. 3, 29.) Jesús es llamado Hijo de David, porque fué circuncidado, y no porque hubiese venido solamente para salvar a los judíos.

Párr. 35.—En paralelo con la paráfrasis de los Padres de la Iglesia, anotadas más arriba (en especial la homilía ya citada de San Efrén), llena el silencio de María Magdalena con un largo monólogo que ella dirige como reconvencción a su alma, ofreciéndose totalmente a Dios, y prometiendo sufrirlo todo por su amor. Utilidad de la disciplina (Is. 53, 5).

Párr. 36.—Describe Malón en este capítulo con vibrantes palabras, con todos los ingenios que el estilo barroco le presta, el dolor de la Magdalena. «En pie estaba y mujer era de buen cuerpo, y con todo eso fueron tantas las lágrimas...» ¡Oh poderoso fuego que derretió su pecho e hizo salir su corazón derretido por los ojos! Una frase más barroca aún: «Visto hemos muchas veces el fuego regar la

tierra; pero, ¿quién jamás oyó que la tierra regará el cielo?». Y ahora una nueva alegoría de la actitud de la Magdalena a espaldas de Jesús: estando detrás de El, era Jesús el escudo que la preservaba de la ira del Padre. «¡Oh qué buen escudo vuestro Cristo en una cruz!». Continúa el monólogo que ella repite en su corazón... Considera los pies de Cristo, ungidos tan profusamente por la Magdalena, fatigables en buscarla, y ahora cansados y doloridos. Vino Jesús, y no puede menos de perdonarla, pues María sólo busca complacerle: el dominio de Dios sobre su bien sólo le permite emplearlo para el bien; pero no puede apenar, afrentar o aniquilar al esclavo. Medicina de nuestra salvación, sacrificio de nuestra reconciliación, sacramento de nuestra salud, amparo para nuestra defensa, abogado de nuestra libertad, precio de nuestro rescate y premio de nuestra glorificación es Cristo para nosotros. Y esto ha de ser también para María Magdalena. ¿Qué aprovecha la sangre del pecador, siendo así que está echada a perder y corrompida? No constituye la gloria del médico la salud de los sanos, sino la curación de los enfermos. María Magdalena no quiere, como Ruth, ser su esposa, sino, como Agar, ser su esclava. «Da Rey mío un grito a mi alma», aquí está tu enemiga que se rinde, déjale entrar por las puertas de tu misericordia. Autodescripción de la pecadora que se revuelca en su pecado como un cerdo en el muladar; y lo peor es que se hallaba muy a su gusto en él, pero rompió su contrato con Satán. Fué pública y abyecta meretriz... «Así te injurié a Tí, oh Padre bondadoso, y fui la afrenta de mis hermanos los ángeles.» Verdad fué lo que Satanás dijo a nuestros primeros padres, cuando los sedujo, aunque en parte mintió, según su incorregible costumbre; «pero creo que no en todo», dice Malón de Chaide. Naturalmente, no eran tan ignorantes Adán y Eva como si no hubiesen tenido siempre ojos. «Grandísima verdad les dijo», aunque no en el sentido en que ellos de momento lo entendieron. ¡Qué ciego está el hombre para algunas co-

sas, antes de caer en pecado!... No ve el infierno, ni la culpa, y no tiene que guardarse de ellos. Sólo mira al cielo y a la gloria; ama a todos los hombres, y sólo conoce el bien de ellos. Quien fija su mirada en el sol, tan sólo ve una luz y no los objetos de nuestro mundo terreno. Por eso es engañado por los pecadores, hijos de la tiniebla: *Prudentiores sunt filii hujus saeculi filiis lucis in generatione...* Pero, ¡cómo abre los ojos cuando la gracia divina lo desampara! ¡Cuántas cosas ve de las que antes no tenía la más remota noticia!

Párr. 37.—Durante todo este tiempo nada dice María Magdalena. El amor divino calienta más y más su corazón, verde aún y mundano. No podía faltar la metáfora de la madera verde que no se deja encender. Mientras se quema esa madera, brota de ella la sabia. Desmayada la Magdalena por la fuerza del amor cae a los pies de Jesús. «¿Y Tú, Redentor de la vida, no dices nada?» «Escúcha, Señor, a esta pobre mujer que se ha convertido en una fuente, como si fuese una nueva Biblis o Aretusa. Escucha, Señor, estos llantos no son de agua, sino más bien de fuego... Es la sabia de la vida que se derrama por mis ojos.»

Párr. 38.—Dedica una exposición prolongada a las lágrimas. Aguas medicinales son ellas que nos libertan de las enfermedades... Ejemplos relacionados con motivos bíblicos, particularmente con la salida para Babilonia en calidad de esclavos. «Doncellas tiernas, inocentes niños, viejos ancianos» son llevados atados; caminan y lloran y siembran sus semillas. Era la simiente de la eterna alegría que de su cautiverio debían cosechar. Paráfrasis poética del Ps. 136; en el siguiente párrafo 39, termina con otra del Ps. 125.

Más sobre el llanto. No se hartaban los santos de llorar, porque encontraron seco y estéril el blanquizal de sus cuerpos, y tenían presente la profecía: no podrían producir más que abrojos y espinas, y tuvieron las lágrimas por el mejor medio fertilizante. Cada lágrima es un grano de

simiente, y por cada una se nos promete el ciento por uno en la cosecha. Disertación sobre el capítulo 31 de Jeremías: la promesa de tiempos mejores. Pero ahora sólo por haber ofendido a Dios se puede y se debe llorar. «Ofender a Dios... ¿Quién no tiene que llorar de haberle ofendido? ¡Oh alma, si tú supieses qué es ofender a Dios y quién es El?... ¡Y cuán poca es el agua que contiene el mar para llorar una sola ofensa a Dios!» Como si hubieses perdido a tu hijo único, así debes llorar tus pecados. Ejemplos: Absalón; la presunta muerte de José; Tobías. Pero más que estos ejemplos hay que tener en cuenta las almas que por haber caído en el pecado murieron: que sólo tienes un alma y no más, que su muerte es eterna, que el ofendido es Dios, la pérdida del cielo y la ganancia del infierno. ¿Cómo podremos llorar esto suficientemente? ¡Oh qué cosa tan plausible es reconocer las propias culpas y llorarlas! Es como si se saldasen todas las deudas. Poder del llanto: llora Esaú la pérdida del derecho de primogenitura tan ardientemente, que a pesar de que su padre no tenía ya bendición alguna para él, logra forzarla. ¿Qué no recabará el llanto de una pecadora penitente ante Cristo, que por amor de los pecadores quiso ser enclavado y alanceado en una cruz? «Son las lágrimas las monedas con que se pagan y desquitan los pecados.» De manera que entre Dios y los hombres hay libro de gasto y de recibo. El gasto son los pecados y el recibo el llanto. ¿Quién es el que no ha pecado? (Reg. 8, 46). Pero Dios es tan bueno, dulce y tan enemigo de castigarnos que nos adelanta en seguida el libro de recibos. La conciencia del pecador de que Dios tampoco olvida, le levanta como de un sepulcro. Además, Dios se muestra en cierto modo pesadoso por él. «Y quizá más que yo mismo.» De aquí el inmenso agradecimiento del pecador que quisiera hablar todos los idiomas y con todas las lenguas, con lenguas de fuego: pero débil es el pecador, débil es el hombre para amar a Dios como se merece. «Y el no poder es gloria vues-

tra, y honra mía: que tenga yo un Dios que lo menos que hay en El es lo más que puede alcanzar el humano pensamiento.» Mas Dios es bondadoso, liberal; no ha establecido patrón alguno en sus dones, y no está contento hasta que ve saldada toda la deuda. Perilo (según Plutarco, Reg. et imp. apophth.) lo experimentó en Alejandro, que le había donado cinco veces más de lo que había pedido para dotar a su hija. «Eso le basta a Perilo para pedir, pero no le basta a Alejandro para dar.» Sólo que Dios perdona los pecados, y Alejandro regala dinero; y sólo un puñado, mientras Dios da infinitamente; Alejandro regala dinero ajeno, Dios la sangre de su corazón. La diestra de Dios no sabe dar poco, por lo que está muy en su punto que dejase a María llorar largamente. La ropa sucia, no puede lavarse con agua fría, y nadie puede borrar los pecados con frío lloro. «Menester es hacer una colada de lejía y echalla sobre ellos para que queden limpios. Ardientes han de salir las lágrimas del corazón, si han de parecer bien a Dios.» El corazón debe por ende estar inflamado y contener amor-fuego. Fueron ardientes las lágrimas de la Magdalena, *quoniam dilexit multum*. «Tocóle el fuego y encendióse en el amor el alma de María, y amóla y lavóla y perdonóla, de suerte que ella le lavaba los pies con lágrimas, y él el alma con su gracia. Después consulta la opinión de los Padres de la Iglesia sobre el llanto: Gregorio Nacianceno, el Crisóstomo y Eusebio. En nuestro arrepentimiento juega el llanto un gran papel, puesto que es el más fiel testimonio de nuestro dolor por los pecados. La penitencia es conocida en la vida, aún en la ley natural, como nos lo muestran Ovidio y Juvenal, pues las lágrimas apagan también la irritación y la ira de los príncipes de este mundo. Son una especie de dinero infalsificable, nuestro último recurso. También aduce aquí las opiniones de Máximo, San Gregorio el Grande y Juan Clímaco. Después parafrasea el silencio entre Jesús y la pecadora. «Las almas hablando, las lenguas hacen callar.» ¡Oh qué milagrosa dis-

posición de ánimo sería la de Cristo en tales circunstancias! «Acaece que un hombre muy aficionado a la música, pasa de noche por la calle en compañía de otros amigos, oye cantar y tañir divinamente y quédase con el pie que iba a asentar levantado, por no perder un solo punto de la música; y está tan elevado que no se da cuenta ni mira que se van sus compañeros. Dícenle: Señor, anda, que nos vamos. ¡Oh, válgame Dios, callad por vuestra vida, no me estorbéis, que me gusta mucho esta música!» ¡Oh Salvador de mi alma, cómo amas Tú la música y qué dulce suena en tus oídos aquella que te dirige el pecador cuando te llama! Nada responde Cristo a la voz de la pecadora, espera un paso de elevación de mayor fe por parte de ella, y entonces viene su respuesta: *Oh mulier, magna est fides tua*. De tal modo delectó la música de María Magdalena a Cristo, que Este se olvidó de la comida: «quedaste con la mano en el plato, suspenso, elevado con la dulzura de la música». El texto sobreentendido de esta música está tomado del «Cantar de los Cantares»: *In lectuculo meo per noctem quaesivi quem diligit anima mea...*, etc. Inútilmente busca la Magdalena a Cristo, el Esposo, en la noche del pecado, «en la trulla y herrería del mundo»; no sabía que El, bien del alma, está fuera y por encima de las criaturas, que es menester menospreciarlo por su amor todo, los elementos, las plantas, los brutos, los hombres, cielos, ángeles y serafines y todo lo criado. Ha preguntado a los santos que custodian la humanidad, custodios también de la Jerusalén celestial, por su Esposo, pero por todas partes oye: continúa! Finalmente, después de pasarlo todo le encuentra; ya está a sus pies y le abraza; «que ya no quiero más gloria, ténganse la suya los ángeles, que yo ésta quiero, ésta me basta... ¡Oh, qué ternuras y regalos pasaban del Corazón de María al de Cristo, y de Cristo a María!»